

Historia sobre Baba Muktananda

por Swami Siddhananda

En 1972 daba clases de filosofía y misticismo de la India; era un programa experimental en una universidad cerca de Chicago. Yo había desarrollado interés por la espiritualidad, y decidí que tenía que encontrar a un Guru para lograr algún avance espiritual. Logré organizar un viaje de estudios de dos meses a India con doce de mis alumnos. En este viaje, ellos podrían aprender más acerca del misticismo, la meditación y la cultura de la India, y yo podría encontrar un maestro espiritual.

Justo antes de partir, un amigo que había conocido a Baba en California en 1970, me aconsejó: “¡Asegúrate de conocer a Swami Muktananda!”. Seguí su consejo y programé que nuestra primera parada fuera en su áshram. Sin que yo lo supiera, este amigo le había escrito a Baba para decirle que un grupo de estudiantes americanos había hecho planes para conocerlo en el viaje que harían por India.

El 25 de marzo de 1972, viajamos desde el aeropuerto en un autobús público hasta lo que entonces se conocía como el Áshram Shree Gurudev (hoy en día Gurudev Siddha Peeth). El autobús estaba lleno de personas que iban a trabajar, algunas cargando canastas llenas de mercancía para el mercado, y varias acompañadas por grandes cabras que balaban.

Mis alumnos y yo éramos como un puñado de andrajosos, vestidos con el atuendo de los jóvenes de nuestra generación —pantalones vaqueros rotos, ropa militar, playeras teñidas con nudos— con todas nuestras pertenencias embutidas en las mochilas.

Cuando entramos a Guru Chowk, el patio central del áshram, mis ojos se toparon con un panorama sorprendente: de pie en el patio y en silencio, se encontraban varias docenas de ashramitas vestidos con ropa yóguica inmaculada. Uno de los hombres se acercó y nos saludó: “¿Les gustaría conocer a Baba?”. Con entusiasmo respondimos: “¡Sí!”.

Baba estaba sentado sobre una silla elevada, y yo pude ver cómo su atención se dirigió hacia nosotros a medida que nos acercábamos. Mientras nos presentaban, Baba nos miraba a todos de arriba a abajo. Hasta se quitó las gafas para vernos mejor. Luego, una gran sonrisa iluminó su rostro y dijo: “*Ahh*, puedo ver que todos ustedes provienen de buenas familias”.

Quedé encantada con las palabras de Baba. De alguna manera supe que se refería a mucho más que a nuestros orígenes familiares. A pesar de nuestra apariencia desaliñada, éramos buenas personas con buenas intenciones, y Baba podía ver eso en nuestro corazón.

Baba recibió con gran amor a nuestro pequeño grupo en su áshram. Nos dio nuestro propio búngalo en el jardín superior y nos preparaban comida especial sin las especias picantes acostumbradas.

A la mañana siguiente de nuestra llegada, leímos el horario diario del áshram que estaba publicado en el tablero de avisos. El día empezaba a las 3:30 a.m., terminaba a las 9 p.m., y estaba lleno de actividades obligatorias: sesiones de canto, meditaciones, y periodos de servicio desinteresado. El áshram de Baba era reconocido en toda la India por su estricta disciplina. Baba mismo había creado el horario para apoyar a los buscadores a experimentar su propio Ser interior.

Mis estudiantes estaban horrorizados. No querían tomar parte en nada de eso, y empezaron a guardar sus pertenencias en sus mochilas para irse. Yo me sentía en un dilema. Quería pasar más tiempo con Baba, pero como maestra y persona responsable del grupo, sabía que si se marchaban tendría que irme con ellos.

Casi de inmediato recibimos un mensaje de Baba. El mensaje decía: “Quédense por tres días y sean mis invitados. El único programa al que tendrán que asistir es el almuerzo”.

Los estudiantes estaban encantados. Este era un horario que ellos podían acatar. Yo, personalmente, estaba asombrada y llena de gratitud porque podría quedarme y pasar más tiempo con Baba. Así que desempacamos nuestras mochilas y nos instalamos.

Baba pidió a uno de los ashramitas que nos llevara a conocer el áshram. Después pidió a otro ashramita que nos llevara al pueblo de Ganéshpuri a visitar el templo de Bhagaván Nityananda. Y cada día, sin falta, nos presentábamos al almuerzo, donde Baba había organizado una línea de comida especial para nosotros en Annapurna. Nos quedamos con gusto nuestros tres días en el áshram.

Cuando terminó nuestro viaje por India, algunos de los estudiantes empezaron a practicar las enseñanzas del sendero de Siddha Yoga. Yo dediqué mi vida al servicio del trabajo del Guru.

Cada vez que pienso en mi primer encuentro con Baba, recuerdo su compasión infinita para hacer posible que cada uno de nosotros, cualesquiera que fueran nuestras circunstancias, recibiéramos lo que él quería darnos: su gracia. Fue la bienvenida perfecta.

